

mundo sabe que la podeis heredar. Y en cuanto al otro caso, como es probable, y más que probable seguro, que la madre delincuente no diga á su marido que le está engañando, podrá el padre, disponiendo de su libre voluntad, dejar sus bienes propios á los que considera como hijos suyos, sucediendo lo mismo que en el día.

No es, pues, la sociedad quien os ha impuesto un castigo, ni pagais vos la culpa de vuestros padres, sino la de vuestro hado. Es una desgracia que hay mil medios de remediar, sin encargar á las leyes civiles que arreglen lo que algunos individuos descomponen, ni desconcertar el todo por aplicar un bálsamo local. Os ha tocado en suerte nacer así. Peor fuera que hubierais nacido ciego, jorobado, cojo, necio, papanatas, malvado por naturaleza, ó pocero, enterrador, tripicallero, matachin, porque á vuestra madre le hubiera gustado, para casado ó no casado, algun individuo de esa especie, tan digno de consideracion como los demás, tan igual ante la ley como ellos, tan hombre ó más hombre quizás que muchos, pero á quien la multitud y hasta la misma multitud de su esfera no saludaria con idéntico respeto que á vos, el bastardo.

Y ahora demos por sentado que llegue una época en que se encuentre planteado vuestro sistema matrimonial.

Supongo que no querreis privaros de vuestros cafés, de vuestros espectáculos, de vuestras reuniones, de vuestros paseos, de vuestras carreras en coche, de vuestras fondas. Sólo querreis que desaparezcan las asambleas políticas.

Creo tambien que los extranjeros continuarán visitando á París.

Me parece que tendreis vuestra Sorbona, vuestra escuela de medicina, vuestros museos, vuestras academias.

Es regular que no abandoneis los viajes en ferrocarril, y que continúe la afición á los baños de mar y á las excursiones veraniegas.

No me negareis que os seguirán gustando los succulentos platos de los que entónces sean sucesores de Ledoyen ó de Brébant, y los buenos vinos del Rhin, Borgoña, Champagne y Burdeos.

Y como los más necesitados no habrán de ser ménos dignos de participar del festin social que vosotros, conservareis las tabernas y los figones, y los bailes del Prado y de la Reina Blanca para que hagan juego con los vuestros de Mabille y Valentino.

Y se me figura, por último, que no se habrá perdido la afición á las buenas chicas.

Para andar en medio de todo esto necesitareis,

si no me engaño, zapatos, camisa, sombrero ó lo que lleveis entónces, y sobre todo dinero.

Y para fin de fiesta conservareis probablemente alrededor de vosotros y como sitiados ese rosario de cementerios en que almacenar vuestros despojos mortales, y en el centro de Paris ese lúgubre monumento que llamais Morga en que recoger los resultados del crimen y de la miseria.

Me imagino en su consecuencia que nada de esto podrá existir sin mozos y mozas que os sirvan; sin actores, sin actrices, bailarines y funámbulos para vuestros espectáculos; sin cocineros que aderecen vuestras viandas; sin cocheros y lacayos; sin fogoneros, sin bañistas, sin taberneros, sin fondistas, sin músicos, sin médicos, sin boticarios, sin sepultureros, sin crímenes ni miseria.

Tampoco podreis llenar las demás necesidades sin muchachas que os cosan la camisa y os la planchen, y os borden el pañuelo, y bailen con vosotros y hagan todas las demás cosas propias de las mujeres.

No pretendereis que toda esa gente esté casada. Habrá como hoy muchos célibes, ó quizás más, por huir de la constitucion de viudedades. Habrá sobra de solteras; habrá militares; habrá transeuntes; habrá estudiantes; habrá, por último, elementos para entretenidas distracciones, y habrá pobreza que explotar, riqueza con qué corromper, y material explotable y corrompible.

Enhorabuena. Todo seguirá, pues, lo mismo, ménos la forma y esencia del matrimonio y los apellidos. El hijo de Napoleon ya no se llamará Bonaparte, sino..... ¿cómo se llamará, Sr. Girardin? Porque el apellido de las madres de hoy todavía es el paterno, y será necesario ir á buscar el de la línea materna directa hasta la más remota generacion.

Pues bien; ¿creeis que en ese laberinto de variadas existencias, de complicadas necesidades, de refinados vicios, de hambre en unos, de saciedad en otros no fructificará ya como en el dia la depravacion? ¿Pensais que los tribunales no darán ocupacion á los abogados y gendarmes, y que los periódicos no tendrán materia para gacetillas?

Más que ahora, porque se habrán perdido los sentimientos elevados y dignos del hombre y de la mujer. ¿Para qué el pudor, si ya no habrá de tener la hembra otra mira que la de ser madre? ¿Para qué la idea celestial de virginidad? ¿Para qué el amor? ¿Para qué el cariño del padre, ese cariño que evita sólo él muchos desenlaces funestos? Y todo eso no impedirá, ántes al contrario, ayudará á que por lo más leve haya altercados, amenazas y golpes. ¿Dejará de haber pasiones? ¿Dejará de existir el amor propio? La mujer mudando de maridos; el marido cambiando de esposas; el amante con la puerta franca; el esposo corriendo sin rebozo los lupanares; todo esto no podrá ménos de producir escenas ri-

diculas y graciosas muchas veces, sangrientas algunas, repugnantes todas. Porque si al hombre no le será dado quejarse de los devaneos de su mujer, ésta á su vez no tendrá motivos legales para recriminar al esposo que se divierta. Pero el que se enamora de veras, la que conciba pasión decidida hácia un hombre, esos no se cuidarán de la escrupulosa observancia de los mandatos sociales. Esos tendrán celos, y los celos causarán desafíos, ó puñaladas ó suicidios.

Y como no todos podrán ser casados, y como todos habrán de obedecer á la imperiosa ley de la reproducción, las casas de expósitos estarán tan pobladas como ahora; y vos mismo, en prevision de ello, dais al municipio la mitad de lo que dejen las madres que no tengan hijos, á fin de poder mantener á los que carezcan de ella.

Y para sazonar toda esa baraunda, aparecerán de vez en cuando en vuestros periódicos anuncios como el siguiente:

«La señora Fulana, que despues de haber tenido cinco hijos con su marido se ha separado de él por motivos que explicará, solicita un segundo esposo. No será muy exigente en cuanto á la constitucion de viudedad. Se darán garantías contra las ulteriores pretensiones que pudiera tener el primero, que es incapaz de hacer daño á nadie.»

¡Oh, Sr. Girardin! ¿Sabeis lo que es un marido

despedido? Es el instrumento para dar forma á cien mil causas criminales.

Por último, repito que todo acabará con dejar á las mujeres en sus casas poniendo la maternidad en almoneda.

Ya os oigo exclamar: «No, no, mil veces no. Las premisas de todo este raciocinio son inexactas. Con el sistema de la libertad en el matrimonio y de la igualdad ante los *hijos*, las costumbres se reformarán. La maternidad ennoblecerá á la mujer; la voluntad fortificará los lazos mejor que el cura ó el alcalde. El padre estimará entrañablemente á los hijos muy bien educados por la mujer, admirará á ésta, la comprenderá, se la asociará, la adorará y será adorado á su vez. No más corrupcion; no más libertinaje; no más crápula; no más orgías; no más bailes de la Reina Blanca. Será el reinado del verdadero amor y de las virtudes.»

¡Amor verdadero, cariño leal, virtudes, costumbres! Ya tenemos, pues, las condiciones sin las cuales no concebís vuestra misma invencion. Si la vida social y práctica se modifica, entónces ya podrá ser buena hasta la combinacion más absurda.

Hemos llegado, pues, á la verdadera solucion.

Dadme costumbres sanas; dadme instruccion que forme á la vez en la mujer su sentido moral y sus medios de independenciam; dadme virtudes, y venga entónces el divorcio, el simple divorcio, esto es, la

facultad voluntaria de separacion, pero sin esa complicacion de la imposible constitucion de viudedades y sin la negacion de la paternidad, que es la negacion de todos los estímulos, de todas las aspiraciones, de todos los amores, de todas las glorias, de todos los adelantos, de todos los perfeccionamientos de la humanidad.

Concluamos.

El hombre no ha sido creado exclusivamente para la mujer, ni la mujer ha sido formada en provecho tan sólo del hombre, sino que existen el uno para el otro reciprocamente.

«Hizo Dios al hombre á su imágen, y lo crió varon y hembra.» Por eso constituyen ambos séres las dos mitades de esa unidad superior, de esa personalidad perfecta, sin la cual no es posible la propagacion y la existencia de la especie.

Hay entre ellos las mismas condiciones originarias, las mismas facultades fundamentales, con las diferencias orgánicas precisas para que se produzca el amor, esa atraccion natural que los ha de fundir, amalgamar y completar para cumplir la ley más imperiosa de la creacion.

Ante ella son iguales, pues; tan iguales en su esencia, tan necesarios el uno para el otro, como las dos electricidades que se atraen para producir el equilibrio, que es la armonía del Universo.

Ved al hombre y á la mujer en su niñez. La Naturaleza no les reclama aún el cumplimiento de sus funciones particulares, y entónces no se distinguen apenas el uno del otro. La voz es igual, la flexibi-